

COMEDIA NUEVA,  
INTITULADA:  
LO CIERTO POR LO DUDOSO,  
ó

LA MUGER FIRME.  
EN TRES ACTOS.

POR D. V. R. A.

FORMADA POR LA QUE CON EL MISMO TITULO  
ESCRIBIÓ EL CELEBRE LOPE DE VEGA.

PERSONAS.

Don Enrique.	● El Adelantado.	● Doña Inés.
Don Pedro.	● Chichon.	● Elvira.
Don Tello.	● Doña Juana.	● Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El Teatro estará á media luz; la mutacion será de calle: debe preceder alguna salida de gentes que van de música, como se acostumbra la noche de San Juan.

Enrique y Chichon.

Chich. Obscura noche en verdad.

Enriq. Sin embargo, hoguera tanta  
las negras sombras espanta,  
y vence su obscuridad.

Chich. Mejor ha estado la tarde.

Enriq. La de San Juan en Sevilla  
es alegre á maravilla:

¡qué es ver el precioso alarde  
que hace de sí placentera,

ostentando su figura  
tanta divina hermosura,  
del Bétis en la ribera!  
¡qué es ver en el claro rio  
tantas barcas enramadas,  
de toldos entapizadas,  
formando un bosque sombrío,  
y en ellas alegremente  
bailar todos muy contentos  
al son de los instrumentos



que acompañan la corriente!

*Chich.* ¿Y qué es ver tanto maton,  
muy erguido y puesto al olio,  
con sombrero de á folio  
ostentando el espadon,  
con retorcido vigote,  
y como inspirando asombro,  
mirar por cima del hombro,  
asomándose al capote,  
ir chorreando pendencia,  
y hacerse lugar, diciendo,  
apártense: no están viendo  
que aquí va la omnipotencia?  
¿Qué es ver á tanta garduña,  
de clase y de trato vil,  
buscar, mas que un alguacil,  
en donde encajar la uña?  
¿Qué es ver á tanta gitana  
decir la buena ventura,  
y hacer Pontífice á un Cura  
que apenas tiene sótana?  
Una de ellas me la dijo,  
y viendo mi poco fuste,  
después de infinito embuste,  
que contar fuera prolijo,  
mirándome á lo ceñudo,  
exclamó, diste en las brasas,  
advierde que si te casas  
serás muy grande... no dudo  
supones el consonante;  
pero yo á la gran taimada,  
la dí tan fiera puñada  
en la boca, que al instante  
le saltó, según mi cuenta,  
solo un diente que tenía;  
con que quedó de su encía  
el taller sin herramienta.

*Enrig.* No te vuelva á suceder,  
que te sabré castigar,  
y enseñarte á respetar  
hasta el nombre de muger:  
me cansan las tiranías  
de quien las hace desprecios;  
los feos, pobres y necios  
suelen tratarlas de harpías;  
pero quien sabe estimarlas,  
y las merece agradar,  
jamás se llega á cansar.

de engrandecerlas y honrarlas:  
por Dios que donde no están  
no hay verdadera alegría;  
no tenemos compañía  
como la que ellas nos dan:  
nuestras enfermeras son  
de alma y cuerpo.

*Chich.* Así es verdad,  
á no tener vanidad  
su mudable condicion.

*Enrig.* No es toda muger igual.

*Chich.* Buena es la que se comide,  
bello animal si no pide,  
si pide es bravo animal;  
¿mas no viste la aficion  
con que el Rey muy disfrazado,  
del Maestre acompañado,  
seguía á Juana, blason  
el mas bello de la casa  
de Castro, en todo famosa?

*Enrig.* Calle tu lengua alevosa,  
que el corazon me traspasa:  
ha dado en servirla ahora  
mi hermano, que me aborrece,  
por presumir que merece  
mi amor tan bella señora,  
que es honor de Andalucía;  
¿nunca yo la mereciera,  
nunca mi obsequio admitiera  
para su pena y la mia!  
nada hasta aquí sospeché  
del empeño de mi hermano,  
y en él siempre afecto sano,  
y aun amistoso encontré;  
mas ya de sí me desvía,  
y me trata con rigor,  
porque el reino y el amor  
nunca admiten compañía.  
Cuánto fia en lo que puede!  
estoy perdido, estoy loco!  
mas perder el juicio es poco  
á quien esto le sucede.

*Chich.* Pero eso tanto te apura?  
ser tuya no prometió?

*Enrig.* Pues si no viviera yo?

*Chich.* Morir fuera mas locura.

*Enrig.* Hablas con ese reposo  
porque nunca habrás amado;



pero no hay mas triste estado  
que el de amar y estar celoso.  
Son celos una pasion  
que al mas cuerdo desatina:  
de amor deidad peregrina;  
adúltera sucesion.  
Son celos fuente de enojos;  
son un azote del sueño,  
y una atalaya sin ojos.  
Son celos unas escuchas  
y solicitudes locas,  
que para verdades pocas  
hacen diligencias muchas.  
Son celos haber creído  
una sombra, una ilusion,  
que del sol de la razon  
forma el interior sentido.  
Son celos cierto temor  
tan delicado y sutil,  
que si no fuera tan vil,  
podiera llamarse amor.  
Son principios de mudanza;  
y fin de la obligacion.  
Son agena estimacion,  
y propia desconfianza;  
son un desengaño salvo  
del pensamiento dormido,  
son relojes del olvido  
con despertador de agravio.  
Son cuerpo del pensamiento  
que no le tuvo jamás;  
pasos que amor vuelve atrás  
para correr por el viento;  
y aun es semejanza nueva,  
de linterna es su costumbre;  
pues vemos mover la lumbré,  
y no vemos quien la lleva.  
Son finalmente rigores,  
que amando es fuerza tenellos,  
pues ni amor está sin ellos,  
ni ellos están sin amores.

Chich. Mas cortas son por acá  
esas cifras y desvelos.

Enriq. Pues cómo entiendes los celos?

Chich. La definicion que dá  
quien ama, gente accesible,  
ya entiendes, gente tratable,  
de esfera comunicable,

y no de un alto imposible,  
es sospechar, no parar,  
llegar y reconocer;  
y en fin, entre hombre y muger,  
escusando todo hablar  
en mentiras ó verdades,  
sin oir satisfacciones,  
darse cuatro mojicones  
y luego hacer amistades;  
mas nos hemos de acostar?

Enriq. Antes voy á ver á Juana,  
que pena tan inhumana  
sólo ella puede aliviar;  
mas ay! que aunque á toda ley  
quiere firme mantenerse,  
cómo podrá defenderse  
de los esfuerzos de un Rey? Vanse.

Sala: salen Doña Juana y Doña Inés.  
Juana. Por puntos mi turbacion  
va creciendo; prima mia;  
qué aciago ha sido este día!

Inés. Extraña es tu condicion!  
decirte el Rey que te ama,  
puede causarte inquietud?

Juana. Si, que su solicitud  
es peligro de mi fama;  
pero aun cuando así no fuera,  
¿cómo admitirá su amor  
mi pecho, si otro señor  
reina dentro de su esfera?  
y si no doy dulce pago  
á la pasion que alimenta,  
de su condicion violenta  
temible es cualquiera estrago;  
que es como el rayo, el poder  
le irrita la competencia,  
y donde halla resistencia  
mayor daño suele hacer.

Inés. Tan poco aprecias un Rey  
que te puede coronar?  
al trono puedes llegar;  
que no hay en Castilla ley,  
que el casamiento le impida  
con la hija de un vasallo;  
yo por tus méritos callo,  
si es dicha ó no, sor querida  
de un Rey para casamiento,  
que el señor Adelatado



mayor, no iguala su estado,  
si iguala su nacimiento:  
pero no puedo escusarme  
de decirte que es locura  
no conocer tu ventura.

Juana. Bien pudiera disculparme  
con pintar la condicion  
de amor; pero yo sopecho,  
que aunque lo ignore tu pecho,  
lo sabe tu discrecion,  
que historia habrás leído  
de mugeres que han amado.

Inés. Siempre amor fue disculpado  
de necio, no de atrevido.

Juana. Acaso es necio mi amor?  
no es del Rey hermano el Conde?

Inés. Si, pero aquel corresponde  
mas á su propio valor.

Juana. De Enrique el merecimiento,  
en cualquiera extremo toca.

Inés. A tí que amor te provoca,  
te falta conocimiento;  
mas yo que no juego y miro,  
lo entiendo mucho mejor.

Juana. Conocerás en rigor  
cuán justamente suspiro,  
y que de mi amante fiel  
pueden todas tener celos.

Inés. Digo mal de Enrique, cielos,  
y estoy muriendo por él.

Juana. Hay quien grosero manjar  
á otro esquisito prefiere.

Inés. Pero deso qué se infiere?  
Juana. Defecto en el paladar.

Inés. El gusto. Juana. No lo condeno;  
pero en mi abono señalo  
que hay quien gusta de lo malo.

Inés. Porque lo imagina bueno.

Juana. Luego solo es ilusion,  
hija de la fantasía.

Sanlen Enrique y Chichon.

mas quién entra? Inés. Quién podia  
ser sino Enrique? Enriq. A ocasion  
llego que tal vez disgusto.

Juana. En vos tal descortesía?  
Casi raya en villanía  
un recelo tan injusto.

Enriq. Perdonad si os ofendí.

quien tan fino os está amando.

Juana. Y lo decís suspirando?

Enriq. Qué triste no suspiró?  
no me sobra la razon?

Juana. Dejanos, Inés, aquí. Hablan ap.

Inés. Los celos, con ser en mí.

tan rigurosa pasion,  
no me deja amor gozar;  
que aun celosa ver quisiera  
la causa; si amor me diera  
para gozarla lugar.  
O temibles desconuselos  
ó nunca visto rigor,  
que aun no dejes á mi amor  
satisfacerse de celos.

Chich. Siento un sueño tan activo  
que no puedo remitir;  
bien dicen que es el servir  
el mejor soporativo.

Arrítmase á un bastidor.

Juana. Mucho, Conde, me ha pesado  
que del Rey estés celoso.

Enriq. Un señor tan poderoso,  
á quien no ha de dar cuidado?  
Con tan diferentes ojos  
se mira un Rey, que no sé  
cómo quereis vos que esté  
sin celos y sin enojos.  
Por mas que en sangre le iguale,  
si tiene mi pretension,  
quién no ha de hacer eleccion  
de quien mas puede y mas vale?  
Tanto mi amor le prefiere,  
que si posible me fuera  
no quereros, no os quisiera  
tan solo porque él os quiere;  
y aunque quiero con temor,  
y con esperanza muero,  
porque os quiero como os quiero  
le quisiera dar mi amor.  
Mas ya que no puede ser,  
su amor tomaré á mi cuenta,  
y pues quereros intenta,  
por los dos quiero querer:  
y así obligada quedais,  
queriéndoos ámbos á vos,  
pues os quiero por los dos,  
á que por dos me querais.



**Juana.** Enrique, si al Rey hablé  
con palabras generales,  
y de sus labios reales  
mil finezas escuché,  
no es una gran maravilla:  
que celos puedes tener,  
si sabes que ha de volver  
dentro de un mes á Castilla?  
Que es digno de ser amado,  
te confieso, por Señor,  
por Rey, y por su valor,  
y por haberme obligado  
con lo mas que puede ser,  
pues no puede hacer quien ama  
mas fineza por su dama,  
que quererla por muger.  
Mas, ya que sin conocerle  
puse en tí todo mi amor,  
conoceré su valor,  
pero no para quererle:  
que esta fe no ha de faltar  
sino porque falte en tí,  
que el amor que reina en mí  
no es Rey que da su lugar.

**Enriq.** Solo, mi bien, en tu día,  
pues ya lo es, sucediera  
tanto bien á quien te espera  
con tan amante porfia;  
logres los años que ahora  
cumples, con tan altos bienes  
como las gracias que tienes,  
de que el amor se enamora,  
que yo vengo á celebrarlos  
contigo, aunque mas quisiera  
que el tiempo veloz pudiera  
pasar por tí sin contarlos;  
y ojalá, ¡pues sin engaños,  
tanto de mi amor confias,  
que yo pasara los días,  
y tú cumplirías los años.  
Tu virtud el medio sea  
en que mi descanso viva:  
no soy Rey, que amor no estriya  
en reinos que no desea,  
sino solo en voluntades:  
tuya es la mia. **Juana.** Quien viene  
contigo?

**Enriq.** Quien solo tiene

parte en estas amistades.  
**Llégate, y besa, Chichon,**  
á la Condesa los pies:  
no lo entiendes?

**Chich.** Mejor es como soñando  
en la calle del Rincón...

**Enriq.** Qué dices?

**Chich.** Y mas barato. Lo mismo.

**Enriq.** Duermes, pícaro? despierta. Dale.

**Chich.** Si señor; ya estoy alerta:  
qué no he de dormir un rato.

**Enriq.** Llega, y habla á la Condesa.

**Chich.** Pues tanta dicha le toca  
á mi asquerosísima boca,  
besa señora... no besa,  
porque fortuna como esta  
no es reservada á mi estado,  
que la boca de un criado  
todo lo que toca apesara.

*Sale Doña Inés, asustada.*

**Inés.** Ay, prima! el Rey.

**Chich.** El demonio.

**Juana.** Qué dices?

**Inés.** Que le ví entrar.

**Enriq.** Ya qué mas claro ha de estar  
de mi muerte el testimonio?

**Juana.** Escóndete.

**Enriq.** Para qué?

**Juana.** Entra en ese gabinete,  
pues que mi amor te promete  
no faltar nunca á su fe.

*Escóndese, y salen el Rey y el Maestre.*

**Rey.** No se enojará, Maestre,  
pues que la noche, licencia  
dá para esta libertad.

**Juana.** Como, Señor... V. A. No  
honrando esta humilde casa?

Desde hoy mas pondré á sus puertas  
para mas este blason,  
aunque están honradas ellas,  
con los que ganó mi padre,  
y traerá de las fronteras  
mañana, pues tengo aviso  
que mañana mismo llega.

**Rey.** Bien conozco á vuestro padre:  
si así hablais porque en su ausencia  
vengo á visitar su casa,  
volveréme á salir de ella;



que estimo al Adelantado  
en la paz como en la guerra,  
de la que vuelve triunfante.

Juana. Que de esa suerte envilezca,  
V. A. la alegría  
que tengo de verle en ella,  
es deshacer el favor  
que nos ha hecho en quererla  
honrar esta noche.

Rey. Así será justo que se entienda;

nada me dices, Inés?  
Inés. Embarga, señor, mi lengua  
el respeto que es debido  
á tan augusta grandeza.

Maest. Bizarra dama!

Rey. No es poco  
que junto el sol lo parezca:  
yo pensé hallar esta sala,  
y mas siendo noche vuestra,  
la de San Juan por el nombre,  
de otra manera compuesta.

Por qué no habeis hecho altar  
como lo hacen otras bellas  
damas en aquesta noche?

Juana. Por no tener concurrencia;  
que estando mi padre ausente  
ser reparable pudiera.

Maest. Conque nadie viene á veros?  
Mucha soledad es esa!

Juana. La que al decoro conviene.

Rey. Sin que el decoro se ofenda;  
¿no hay ningún privilegiado  
contra el temor de esa regla?

Juana. La pregunta que me haceis  
no entiendo qué objeto tenga.

Rey. No os hagais desentendida,  
señora, hablad con franqueza;  
¿qué es de Enrique? ¿le habeis visto?

Juana. No por cierto, ni pudiera  
imaginar que pensara  
esas cosas V. A.;  
sin duda alguna á estas horas  
el Conde por las riberas  
de esta ciudad generosa,  
mas fáciles garzas vuelan,  
que imagines una cosa.

Ruido dentro del gabinete, como de  
haberse quebrado vidrios.

Rey. Callad, qué es eso que suena?  
alguien hay dentro escondido.

Juana. Cielo santo! yo estoy muerta!

Rey. Llega, Don Tello, registra  
esa estancia, pues pudiera...

Juana. Señor, será algun criado.

Rey. No importa; mirarlo es fuerza.

Maest. Dos hombres hay embozados.

Rey. Mátalos, ó salgan fuera. Salen.

Enriq. Ten la espada; el Conde soy,  
que sin que nadie me viera...

Rey. No prosigas, que no quiero  
satisfacciones tan necias.

Enriq. Modera tu condicion,  
pues mi verdad desempeña  
el que no debes creer

que yo por tí me escondiera,  
siendo mi hermano.

Juana. Señor,  
su razon es justo atiendas,  
pues que debes persuadirte  
á que entró sin mi licencia.

Rey. No creeré sino el agravio  
que mi amor manda que crea.

Sal, Enrique, de Sevilla,  
no estés el San Juan en ella;  
pues me das tan mala noche.

Enriq. Razon es que te obedezca  
si has pensado mal de mi.

Maest. Señor, si el Conde creyera  
que te habias de enojar...

Rey. Déjame, Maestre.

Maest. Llegas,  
Enrique, y pide perdón  
á S. A.

Enriq. Yo lo hiciera  
á pensar que cabe en mí  
solo un átomo de ofensa.

Maest. Señor, no se vaya Enrique;  
hazlo por mí.

Rey. Como él quiera  
hacerme pleito homenaje,  
pues insiste en su inocencia  
de dejar su pretension.

Maest. Ten esa condescendencia.

Enriq. Señor, mas quiero fiar  
mi destierro de mi ausencia,  
que mi amor de mi deseo;



que ausente no habrá que temas,  
y estando presente sí;  
y no sé yo cómo puedas,  
ni tú perder esos celos,  
ni yo olvidar esta puerta;  
pero me admiro de ver  
que te pase que yo quiera  
á Doña Inés, pues creía  
que era Doña Juana bella  
dueño de tus atenciones.

Rey. Conque persuadirme intentas  
que á Doña Juana no sirves?

Enriq. Si á Doña Juana siviera,  
ella volviera por mi;  
mas pues calla, qué mas prueba  
quieres de que no te ofendo?  
pero si no basta esta,  
sea mi triste destierro  
tu satisfaccion mas cierta.

Chich. Si yo pudiera escurrirme  
sin que nadie lo advirtiera!

Rey. Ha hidalgo?

Chich. Pues no es á mí.

Rey. Ha Gentilhombre?

Chich. Tampoco.

Maest. Llega, Chichon; estás loco?

Chich. Señor, en qué te ofendí?

Maest. Responde al Rey.

Chich. Yo confiero

que no entendí, y no te asombre,  
que entre hidalgo y gentilhombre  
todo lo soy menos eso.

Juana. Cómo? el oírlo me agrada. Al Rey.

Chich. Bien al propósito salgo,  
que hidalgo dice, hijo de algo,  
y yo lo soy de la nada:  
ser gentilhombre es blason  
de Caballero escelente,  
y yo soy unicamente  
gentilísimo Chichon.

Rey. Dí á tu amo que no crea  
que de burlas le destierro;  
y que si vuelve lo encierro  
á donde nadie le vea:  
y esta piedra soberana  
sea premio merecido  
de saber que tú has podido  
agradar á Doña Juana.

Chich. Vivas, ilustre Pedro generoso,  
mas que deuda de pródigo entrampado,  
mas que el griego carroño amojamado,  
y que matusalen el mas añoso:  
mas que el abejaruco prodigioso  
por solo los poetas engendrado,  
pues ni crudo, cocido, ni guisado  
no le vió ni Heliogábalo el guloso.  
La fortuna tus dichas nunca estafe,  
á tus contrarios siempre les des pique;  
tu armada en otro mundo velas zafe;  
tu fama al bronce el labio eterno aplique  
desde el muro de Fez al Aljarafe,  
y desde Santiponce á Mozambique.

Vase.

Rey. Valiente humor!

Maest. Peregrino!

Rey. Estareis muy triste?

Juana. Yo?

Rey. Si su ausencia os lastimó,  
saldrá mi amor al camino;  
que puesto que es desatino  
deciros que tengo celos,  
han llegado mis desvelos  
á ponerme en un crisol,  
donde los tengo del sol,  
y me dan celos los cielos.  
Tales son ya mis antojos,  
que de mí mismo los tengo;  
cuando á retratarme vengo  
en las niñas de esos ojos.  
No os den mis penas enojos,  
basta que las tenga yo;  
y pues amor me obligó  
á penas á magestades,  
agradeced mis verdades,  
mis merecimientos no.  
Y si sabeis que entre buenos  
no hay ingratitud jamás,  
no pierda yo por ser mas  
lo que otros ganan por menos.  
Volved los ojos serenos  
al triunfo de estos despojos:  
si el ser quien soy os da enojos,  
reinad vos, y yo pondré  
la corona á vuestro pie,  
como el alma en vuestros ojos.

Maest. Mal habeis hecho en callar,



señora, en esta ocasion;  
 que aunque desprecios no son,  
 se suelen imaginar:  
 yo no os puedo aconsejar:  
 mi hermano es el Rey, y el Conde  
 tambien: la razon responde,  
 que es mejor á toda ley,  
 querer en público á un Rey,  
 que no á un hombre que se esconde.  
 Mirad que es notable error  
 no conocer la fortuna,  
 porque suele vez alguna  
 trocar en odio el favor.

Juana. Decid al Rey mi señor.

Maest. Proseguid, qué le diré?

Juana. No sé por Dios!

Maest. Pues yo sé  
 que no es de muger prudente  
 no levantar á la frente  
 corona que os pone al pie. *Vase.*

Juana. Confusa estoy!

Inés. Con razon.

Juana. Qué de dudas me combaten!

Inés. Ya qué puede haber que traten  
 tu ignorancia y tu pasion,  
 que no sea perdicion  
 de tu honor y de tu casa?  
 Si Enrique se va, y se casa  
 en Castilla, qué has de hacer  
 perdiendo un Rey?

Juana. Soy muger,  
 todo me yela y me abrasa.  
 Veo á Enrique desterrado;  
 veo enamorado al Rey;  
 veo que en amor no hay ley,  
 ni ausente firme cuidado;  
 un poder determinado  
 estorba lo que no alcanza:  
 un ausente la mudanza  
 teme y olvidar procura.

O amor, sin parte segura  
 ya eres temor, ya esperanza!

Inés. Olvidar es lo mejor,  
 prieta mia, al Conde ausente;  
 no aguardes que el Rey intente  
 cosa que ofenda tu honor.

Como me muero de amor. *Ap.*  
 de Enrique, aconsejo olvido.

*Vase, por el lado opuesto salen Enrique y Chichon.*

Chich. Ya, señor, todos se han ido;  
 pero...

Enriq. Yo no estoy en mí!

Juana. Ola? quién ha entrado aquí?

Enriq. Enrique soy, ó lo he sido.

Juana. ¿Cómo te has entrado,

Conde de esa suerte,

sin ver el peligro

que tan cerca tienes?

Mira que te espones;

mira que los Reyes

si son competidos,

muestran lo que pueden.

Mal San Juan me has dado

con venir á verme;

no fui yo culpada

de que el Rey te viese:

mal haya el amante

que á tiempo que viene

á ver de secreto

la dama que quiere,

no repara en cuanto

descubrirle puede,

ni aun su misma sombra,

si posible fuese,

traer debería;

pues vemos que á veces,

por sola su sombra

el cuerpo se siente.

Mas por qué me alargo?

no sea que intente

el Rey mi desdicha

si volviese á verte:

vete, Conde mio,

por mas que me pese;

si he de verte muerto,

mas te quiero ausente:

dichosas te gocen;

desdichas te pierdan.

Mucho se entra el dia;

ya no le detiene

la noche en su cárcel;

sus tinieblas vence,

se ven ya los montes

vestidos de verde;

las aves al alva



caludan alegres,  
y yo estoy temiendo,  
porque ama quien teme:  
qué me estas mirando?  
por qué te suspendes?  
vete, Enrique mio,  
mira que amaneca.

Enriq. Si yo imaginara  
que tales desdenes  
oírte pudiera,  
no volvierá á verte.  
Reconozco cuanto  
mal hice en que vieses  
otra vez perdido  
tu olvidado ausente.  
Estraña desdicha  
es, que antes que deje  
tu ingrata hermosura,  
ausente me cuentes.  
Pero si la ausencia  
hace que amor cese,  
tú me has olvidado  
antes que me ausente:  
finges mi peligro,  
mi muerte encareces,  
los duros enojos  
de mi hermano temes,  
airado le escusas,  
amante le absuelves:  
tienes mil razones,  
y todas me advierten  
de que tú me guardas,  
pero es de quererte;  
dices afectando  
piedades crueles,  
que me quieres vivo,  
por mas que otra llegue  
á gozar dichosa  
la dicha que pierdes:  
no es esa la causa,  
sino la de verte  
ya desvanecida  
porque un Rey te obsequie,  
que puede elevarte  
al solio eminente.  
Por eso me dejas,  
por eso me vendes:  
pues juro á tus ojos,

á mi amor alevés  
cuando mas los amo,  
de que eternamente  
tengan otro dueño  
los que tú aborrezes:  
yo parto á Castilla,  
donde, si viviere,  
te dirán que he sido  
ejemplo valiente  
de firmeza injusta,  
pues no la mereces  
sino por hermosa,  
pues en serlo escades  
á Venus divina;  
y porque amaneca,  
como tú lo dices,  
á Dios para siempre. *Ella le detiene.*

Juana. Espera, bien mio.

Enriq. Huir me conviene.

Juana. De la que te ama?

Enriq. De la que me ofende.

Juana. Mi amor, mi regalo.

Enriq. Mi pena, mi muerte.

Juana. Qué mal que me tratas!

Enriq. Qué bien lo mereces!

Juana. Mi llanto te ablanda.

Enriq. Tus lágrimas mienten.

Juana. Del alma son hijas.

Enriq. Tu engaño las vierte.

Juana. Solo á tí te amo.

Enriq. Al cielo pluguiese.

Juana. Oye por tu vida.

Enriq. Acaba, qué quieres?

Juana. Que sepas, bien mio,

que no hay intereses,

que de mis amores

la firmeza alteren:

en tí cifro todos

mis males y bienes.

Solo una vez aman

las nobles mugeres;

y de ellas espejo

he sido yo siempre.

Si te has enojado

porque te dijese

que de aquí te fueras,

te juro mil veces

que tuve tan solo



tu rigor presente.  
 Bien mio, que adoro,  
 ya bastan desdenes:  
 inclina tus ojos  
 serenos á verme.  
 Qué aun no te persuades?  
 qué no compadeces  
 mis duras fatigas,  
 mis penas crueles?  
 Mas como te ausentas,  
 llevarte resuelves  
 motivos que injustos  
 tu olvido fomenten.  
 Pero haz lo que quieras,  
 que en mí hallarás siempre  
 las mismas finezas  
 que ahora aborreces;  
 seremos entrambos,  
 con opuestas leyes,  
 tú ingrato, yo fíaa,  
 tú falso, yo fuerte;  
 tú infame, yo noble,  
 yo firme, tú débil,  
 yo espejo de amantes,  
 tú ejemplo de alevés.

Enriq. Qué magia es la tuya,  
 qué encanto, di, es este,  
 que no te resisto,  
 y sé que me ofendes?

Juana. Ofensa es amarte  
 tiernísimamente?

Enriq. Ay! como recelo,  
 que amor en mugeres  
 es el sol de Enero,  
 que pasa muy breve!

Juana. No habla eso conmigo,  
 que soy como el Fénix.

Enriq. Si así como en gracias  
 en amor lo fueses!  
 mas qué sirve todo  
 cuando he de perderte?

Juana. La causa?

Enriq. Mi ausencia.

Juana. No hay otra?

Enriq. Y es leve?

Juana. Quien piensa las hace.

Enriq. Qué amante no teme?

Juana. De mí desconfías?

Enriq. Mi hermano te quiere.

Juana. Pues yo quiero al suyo.

Enriq. Un Rey qué no puede?

Juana. Mandar en las almas?

Enriq. La tuya...

Juana. La tienes,  
 tú solo.

Enriq. Apreciarla  
 sabré eternamente;  
 y á Dios, que no puedo  
 ya mas detenerme.

Juana. Mira cómo quedo.

Enriq. Vendré oculto á verte.

Juana. No haga tu mudanza  
 que me desespere.

Enriq. Amores? primero  
 oirás mi muerte.

Juana. Qué prenda me dejas?

Enriq. Mis brazos si quieres.

Juana. De esposo?

Enriq. Y de esclavo.

Juana. O amor! qué no vences?

## ACTO SEGUNDO.

Campo: cajas y clarines, y salen el Adelantado y soldados.

Adel. La cosa mas alegre que en la vida  
 permite al ser mortal humana gloria,  
 es la patria del hombre tan querida,  
 despues de alguna próspera victoria.  
 Salir del mar en que la vio perdida,  
 ó á los amigos referir la historia  
 del cautiverio, no es de tanto ejemplo  
 como ofrecer una bandera al templo.  
 Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,  
 siglo infeliz, por la traidora Caba,  
 en nuestra misma casa al enemigo;  
 y la que fue señora, vive esclava.  
 De esto es Granada pertináz testigo:  
 aunque en ella parece que se acaba  
 la soberbia del bárbaro Africano:  
 tal freno tiene en el valor cristiano.  
 Salen el Rey, el Maestre y acompa-  
 ñamiento.

Rey. Al son de vuestras cajas he querido,



Adelantado, primo; anticiparme,  
y venir como veis.

Adel. Habeis lucido  
mis armas como el sol.

Rey. Llegad á darme  
los brazos,

Adel. Es favor no merecido:  
efecto del amor es el honrarme,  
que los servicios del valor pequeño,  
lo hace grandes el amor del dueño.  
Pensó Aliatar, pensó el valiente moro,  
ó generoso Príncipe, que habia  
de volver á Granada con el oro  
que á su Africano Rey llevar solia:  
y fuera de dejar aquel tesoro,  
perdió mil hombres, el que no queria  
menos que aquel tributo que lamenta  
España con dolor de tanta afrenta.  
Después de aquella célebre victoria,  
en que acabó con la roja espada,  
se vió el Patron de España, que en  
memoria

á eterno feudo la dejó obligada:  
ni se ha visto mayor, ni de mas gloria;  
pues á los altos muros de Granada  
llegaron los ginetes Castellanos  
siguiendo los vencidos Africanos.

Rey. Castro, español blason; no hallo  
que pueda

ser premio de valor tan señalado:  
permitid que lugar se me conceda  
para salir de estar tan obligado:  
hija tenéis que vuestra casa hereda;  
yo haré por ella que quedeis honrado  
antes que salga de la gran Sevilla  
al igual de los Reyes de Castilla.  
Tambien vuestra sobrina generosa  
alcanzará de mis favores parte,  
pues es tan bien nacida como hermosa:  
y ahora descansad, cristiano Marte.

Adel. Señor, en toda empresa generosa  
así prospere el cielo tu estandarte,  
que se cante inmortal tu nombre solo  
en cuanto dista de uno al otro polo.

Vanse todos, menos el Rey y el Maestre.

Rey. Con tan ilustres victorias,  
Maestre, crece el valor

del objeto de mi amor.

Maest. Yo pienso que de estas glorias  
solo estimas el tener  
mas disculpa á tus antojos.

Rey. Nunca culparé mis ojos,  
si viene á ser mi muger.

Maest. Ni pareciera razon,  
si has de casarte en España.

Rey. A qué muger acompaña  
mas generoso blason?  
Y si mis antecesores  
en España se casaron,  
iguales casas hallaron  
al valor de sus mayores;  
pues qué tengo en que entender?  
nadie me puede culpar;  
qué ejemplo debo buscar?

Maest. Si me quieres atender,  
en Navarra y Aragon  
hallarás Princesas bellas,  
elige cualquiera de ellas,  
darás á tu sucesion  
esplendor mas relevante;  
y serás mas respetado  
fortificando tu estado:  
que esta es máxima importante.

Rey. Tú me estás aconsejando  
de la razon al compas;  
pero yo no puedo mas,  
que el amor me está brasando.

Maest. Con tan poco sufrimiento  
toda tu gloria obscureces.

Rey. Ay Tello! que no padeces  
mi riguroso tormento.

Maest. Pero no ha de haber un medio  
que lo consiga aliviar?

Rey. El remedio es olvidar,  
y se me olvida el remedio.

Vanse, y por el lado opuesto salen Chichon y Enrique, éste traerá un vestido menos rico.

Chich. ¿Piensas andar escondido  
porque de trage mudaste  
y de la banda dejaste  
el blason esclarecido?

Enriq. Con lo festivo del dia  
en mí nadie hará reparo.



*Chich.* Ay Señor! hablemos claro,  
mira que eso es bobería,  
que aunque quieran confundirse  
con el disfraz de los trages.

los ilustres personajes,  
nunca pueden encubrirse:.

aun si fueras como yo,  
fueran tus intentos buenos,  
que en un Chichon mas ó menos

nadie hasta aquí reparó:  
pero la falta en Castilla?

Su mas generoso Infante.

*Enriq.* Si prosigues adelante.

*Chich.* Señor, no me maravilla  
que no atiendas mi consejo,  
pues si bien se conjetura,  
le sirve tu misma altura

de broquel á tu pellejo.  
Pero como el Rey inquiera

que acompañándote estoy,  
y ando en esta danza, voy

sin remedio á una galera;  
donde un cómitre neron

me pondrá dándome aprisa,  
el forro de la camisa

como rueda de salmon.

*Enriq.* Si tienes miedo...

*Chich.* Eso no;

y bien tienes conocido  
que con los moros he sido

peor que un médico yo.  
*Enriq.* Pues cesa ya de argüirme,

*Chich.* Tu peligro me amedrenta.

*Enriq.* Qué amantes peligros cuenta?

*Chich.* No era mejor tener firme,

y proseguir el camino?

*Enriq.* Pero salia el amor

lo mismo que el saltador  
que acomete al peregrino:

en resolución, me muero,  
Chichon; yo no puedo mas.

*Chich.* Y ya qué en Sevilla estás,

qué quieres hacer?

*Enriq.* Qué quiero?

tal preguntas á quien ama?

quiero ver al dueño mio,  
á quien el alivio fio  
de esta inestinguible llama.

Un papel has de llevarla  
porque sepa que aquí estoy,  
y pueda conseguir hoy  
verla, si no cabe hablarla.

Ven á casa de Don Arias,  
donde pienso estar oculto.

*Chich.* Servirte no dificulto  
como en obaciones varias;  
mas reflexiona advertido,  
que llegó el Adelantado;  
y aun que de todo criado  
de cara soy conocido:  
temo no poder servirte.

*Enriq.* Sin embargo, haz la experiencia,  
que tú en cualquiera ocurrencia  
puedes muy bien encubrirte. *Vase.*

*Chich.* Esto es hecho: estoy mirando  
el destino que me espera,  
y la valiente galera  
en que me veré remando:  
y tiemblo, sin llevar faldas,  
desde los pies al cogote,  
porque ya siento el azote  
del cómitre en mis espaldas. *Vase.*

*Salon corto: salen el Adelantado, Juana  
é Inés.*

*Adel.* Esto del Rey conocí,  
pero no lo entiendo bien:  
sabes tú lo que es?

*Juana.* También  
es enigma para mí.

*Adel.* Pienso que quiere casaros  
con sus dos hermanos.

*Inés.* Vienes  
tan humilde, cuando tienes  
al Rey con hechos tan claros  
puesto en tanta obligacion,  
que imagino que no entiendes  
tus méritos, y que ofendes  
tu valor y tu opinion.

*Adel.* Solicitas que comprenda  
que el Rey se quiere casar?

*Inés.* Por qué no lo has de pensar  
si tienes tan alta prenda?

*Adel.* Ahora bien; aunque podia,  
si muger no trae estraña,  
casarse el Rey en España



con alguna prenda mia,  
no lo quiero así entender;  
porque si no sucediera,  
mucho mas pesar tuviera  
de verme así descender;  
soy quien sabeis; he servido  
en paz y en guerra años largos,  
y los mas honrosos cargos  
que hay en Castilla he tenido:  
pero hasta ver declaradas  
las dudas que ahora veo,  
solo os diré que deseo  
veros muy bien empleadas;  
pero hablaremos despacio  
cuando mas ocasion haya,  
que ahora es fuerza que vaya  
á presentarme en palacio. *Vase.*

*Juana.* No he querido, Inés, decir  
á mi padre la intencion  
del Rey.

*Inés.* Y por qué razon?

*Juana.* Porque no puede argüir  
de su ausencia en la frontera  
cosa indebida á mi honor.

*Inés.* Cómo te va del amor  
de Enrique?

*Juana.* Esta necia espera  
saber á fondo mi estado,  
y que ama al Conde recelo;  
mas yo le cortaré el vuelo,  
y amor quedará vengado.

*Inés.* No me respondes?

*Juana.* Estaba  
distráida: qué querías?

*Inés.* Saber cómo te sentias  
de amor.

*Juana.* Aunque no se acaba,  
tengo muy tibio el deseo,  
no porque á Enrique olvidé,  
sí porque no lo veré  
en mi vida.

*Inés.* Así lo creo,  
y si lo olvidas, lo aciertas,  
pues se mejora tu amor  
en hombre de mas valor  
que te abre al solio las puertas.

*Juana.* Si hasta que yo me casara,  
*Inés,* el Rey no entendiera

nuestro amor, yo prefiriera  
á Enrique, y al Rey dejara:  
pero si ya lo entendió,  
y lo destierra de sí,  
qué esperanza queda en mí?

*Inés.* La fortuna te ayudó;  
y no será maravilla,  
aunque lo riña lo amante,  
que abandones un infante  
por todo un Rey de Castilla.

*Juana.* Prima mia, yo imagino  
que esforzándome á dejar  
á Enrique; podré olvidar  
este ciego desatino.

Los deseos dan contento  
mientras que son asequibles;  
pero en llegando á imposibles  
se van del entendimiento.

El Rey, cuando no tuviera  
mas que el ser Rey, á qué amor  
no deshiciera el rigor?

qué pecho no enterneciera?

cuanto mas siendo galan,

entendido, fuerte, hermoso,

á pie y á caballo airoso;

que esto no lo negarás:

desde que se declaró

conmigo, sentí no amarle.

*Inés.* Nadie cesa de alabarle.

*Juana.* Tanto merece?

*Inés.* Pues no?

*Juana.* Pues desde hoy, prima mia,

viva el Rey.

*Inés.* Viva mil años,

y acábense los engafios

de esa tu loca porfia:

y pues resuelves querer

al Rey y dejar á Enrique,

bien será que te suplique

te dignes favorecer

un deseo que he tenido

oculto viendo tu amor.

*Juana.* Tiénesle á Enrique?

*Inés.* El mayor

que cupo en mortal sentido.

*Juana.* Ay necia, cómo te clavás! *Ap.*

*Inés.* Mucho ha sido mi tormento,

y mayor mi sufrimiento;



porque viendo como estabas,  
no me osaba declarar,  
Juana, por no darte enojos,  
y aunque mil veces mis ojos  
te lo pudieron contar,  
deciales: no mireis,  
que es de mi prima y señora  
el Conde, y pues que le adora,  
respetadlé y no le ameis:  
mas ellos inobedientes  
á la razon, le miraban  
tan tiernamente, que daban  
señas de amor evidentes:  
cuando viendo mis tristezas  
la causa me preguntabas:  
cuando llorando me hallabas  
ó en iguales asperezas,  
si no queria vestirme  
ni concurrir á las fiestas:  
y sola tú mis respuestas  
pudieras, prima, sufrirme;  
era verte con favores  
de Enrique, y muerta de celos,  
pedia siempre á los cielos  
el fin de vuestros amores:  
cumpliósse ya este deseo,  
pues tu suerte se mejora,  
y por eso quiero ahora,  
pues querer al Rey te veo,  
que le pidás que me case  
con Enrique y le haga mío.

*Juana.* Prima, aunque yo desconfío  
de que con el Conde pase  
mas adelante mi amor,  
no del todo le olvidé,  
que es fuego que ayer se fue,  
y aun no ha dejado el calor.  
Mal has hecho en declararte  
antes de saber de mí  
que ya sin celos de tí  
á Enrique pudiera darte:  
pues debias conocer  
que me habias de obligar  
con estos celos á amar,  
que así hace toda muger.  
Al amor pintando van  
como niño, y bien se infiere,  
que lo que le dan no quiere,

y sí lo que no le dan:  
¿no has visto á un niño jugar  
con alguna chuchería,  
y que acaba su manía  
llegándola á despreciar;  
mas si alguno solicita  
privarle de ella, se ofende,  
vuelve á amarla y la defiende  
con esfuerzos, y llora y grita?  
pues lo mismo es el amor;  
parece que va á olvidar,  
le dan celos, vuelve á amar,  
y hace el empeño mayor;  
tú debieras aguardar  
á verme mas sosegada;  
que de ayer enamorada,  
cómo es posible olvidar?  
el decirte del Rey bien  
es primer paso de amor,  
no el último; que es rigor  
que mis deseos estén  
de sola una hora de ausencia  
de Enrique tan olvidados,  
que aun van con él mis cuidados,  
como estaban en presencia:  
si algun intento tenia  
de amar al Rey, le he perdido  
con saber que tú has querido  
gozar lo que yo quería:  
pierde de amarle el cuidado  
ahora, que por mi fe,  
yo misma te avisaré  
cuando haya á Enrique olvidado. *Vase.*

*Inés.* Muerta he quedado! ah cruel!  
tan cautelosa me tratas?  
así de formas te mudas?  
así finges? así engañas?  
si pretendes que abandone  
mis amantes esperanzas,  
no lo esperes; en mi pecho  
dura enemistad te labras;  
yo me opondré á tus ideas,  
y lograré mi venganza,  
que no sabes lo que puede  
una muger irritada.

*Sale Chichon.*

*Chich.* Entro al castillo de Luna:  
quiera Dios que con bien salga!



sobre poco mas ó menos  
así el Conde de Saldaña  
dicen que dijo.

Inés. Qué veo?

quién sois? y cómo en la sala  
os entraís de esa manera?

Chich. Hombres de mis circunstancias,  
aunque mas gustan de alcobas,  
no se hallan mal en las salas:  
No me conoces? Desembózase.

Inés. Chichon!

Chich. Pué miras? de qué te espantas?  
no sabes aquello de  
pan perdido?

Inés. Estoy turbada!

Chich. Traigo del Conde mi amo  
para tu prima una carta.

Inés. Muestra, darésla yo.

Chich. No será posible hablarla?

Inés. Qué es hablarla? tú eres muerto  
si te conocen en casa.

Chich. Qué hay del Rey?

Inés. Sus pretensiones,  
y no pocas esperanzas.

Chich. Cómo desde anoche aquí  
haber puede tal mudanza?

Inés. Qué quieres? vive el que vence.

Chich. La culpa es de quien os ama:  
fuego en las...

Inés. Quédate en las.

Chich. Pues si ya me entiendes, basta.

Inés. Qué había de hacer mi prima?

Chich. Rebentar por una hijada  
antes que dejar al Conde.

Inés. Siénte mucho su desgracia?

Chich. Mucho mas la sentirá  
cuando sepa esta jugada;  
el mansísimo señor,  
que levantaba diez cargas  
de polvo en cada suspiro,  
(tan reciamente soplabá)  
ahora perderá el juicio!  
vuélveme luego su carta,  
no quiero que se la des.

Inés. Es necesaro entregarla,  
que tal vez hará su leira  
efecto en dureza tanta.

Chich. Qué no podré verla yo?

Inés. No podrás hasta mañana,  
porque está escribiendo al Rey.

Chich. Eso mas?

Inés. Sus alabanzas

no deja; aquí á mí me dijo  
que hacia al Conde ventaja,  
que andaba á caballo airoso  
y en todo tenia gracia:  
pero vuelve, como digo,  
mañana.

Chich. Estás endiablada?

volver? primero me vuelva  
envidioso con desgracia,  
cantor con voz de perrengue,  
bailarin con malas patas,  
jugador con poca dicha,  
casado con mucha fama,  
y finalmente muger,  
que es peor: á Dios.

Inés. Aguarda.

Chich. Qué quieres?

Inés. De este tal vez

necesitaré mañana:  
no quisiera que te hallasen:  
entra en mi cuarto, y de él baja  
al jardín, y sal por él,  
que así nadie en ti repará,  
y vuelve.

Chich. Sí, volveré,

pero serán las espaldas. Vase.

Inés. Parece que la fortuna,  
si hasta aquí me trató airada,  
empieza á templar su ceño:  
amor, leamos la carta;  
veamos qué dice Enrique  
á su venturosa dama.

Abre la carta, lee, y en tanto salen el  
Rey y el Maestre.

Rey. Mientras ocupado tengo  
á su padre, vengo á hablarla.

Maest. Me parece que no aciertas  
en frecuentar esta casa,  
por su opinion.

Rey. Yo la abono.

Maest. Antes por tu misma causa  
padece, que como nadie  
sabe tus intentos...

Rey. Calla,



que aquí está su prima.

*Inés.* Quién?

pero Señor, aquí estabais?

¿a qué buen tiempo venis!

que un asunto de importancia  
tengo que comunicaros.

*Rey.* Maestre, en la otra sala  
me espera.

*Maest.* Ya te obedezco.

*Rey.* Hablad ya.

*Inés.* Por mi esa carta  
puede hablar.

*Rey.* Letra es del Conde.

*Inés.* Sí Señor.

*Rey.* Dice así.

*Inés.* Para,

fortuna, una vez tu rueda  
favoreciendo mis ansias.

*Lee el Rey.*

Aunque debo ausentarme de Sevilla,  
las ansias de verte me ponen grillos;  
quedo escondido en casa de un amigo,  
hasta que la noche me dé lugar  
de hablarte. Aguárdame, señora mía,  
en la puerta del jardín como otras veces,  
que serás mi esposa, ó yo perderé la vida.

*Enrique.*

Caso extraño! conquie el Conde  
no es amante de mi Juana?

*Inés.* Hace mucho que me sirve,  
mas mi prima apasionada  
dió en obsequiarle, y así  
providencia necesaria  
fue encubrir nuestra pasión  
para mas asegurarla;  
mas tengo justos recelos  
de que Enrique para dama,  
no para esposa me quiere;  
y pues esta noche trata  
de venir, yo te suplico  
que mi opinión...

*Rey.* Inés, basta,  
solo porque me has quitado  
la dura penosa carga  
de mis celos, cuando no  
mi propio interés mediara,

accedería á tu intento;  
sobre mi cielo descansa,  
que el Conde será tu esposo,  
ó mi rigor... pero Juana.

*Sale Juana.*

*Juana.* El Rey aquí? V. A.  
señor, sea bien venido.

*Rey.* Sin duda alguna lo he sido,  
pues desde hoy mi dicha empieza;  
ya estaba de vos quejoso.

*Juana.* Yo no he sabido hasta ahora  
que aquí estabais.

*Rey.* Ya, señora,  
despidió mi amor celoso  
las sospechas que tenía:  
carta de mi hermano es esa.

*Juana.* Sin duda, que manifiesta  
en ella...

*Rey.* Su demasía:  
hacerla quiero un engaño: *Ap.*  
como ya señora es justo  
comunicaros mi gusto,  
aunque os cueste un desengaño,  
sabed que el Conde me escribe  
grandes arrepentimientos  
de sus necios pensamientos,  
de que ya tan lejos vive:  
pídeme perdón, y dice  
que le case de mi mano,  
que le estime como hermano,  
y como Rey lo autorice.  
Yo, que por asegurar  
mis celos, no puedo hacer  
cosa mas justa, muger  
le quiero á Enrique buscar;  
y porque sin vos no es bien,  
quiero consultar con vos  
quién será, pues á los dos  
nos toca honrarle tambien;  
bien conocereis por fama  
ó por vista, quién podría  
merecerle.

*Juana.* No sería  
poco dichosa la dama;  
porque Don Enrique es tal,  
que no hay nadie que se atreva  
á competirle, y se lleva  
la palma de sin igual:



en la guerra valeroso,  
en los estrados cortés,  
de todas las damas es  
objeto maravilloso;  
discreto sin presuncion;  
tantas prendas atesora...

Rey. Parad; qué decís, señora?

Juana. Manifiesta mi opinion  
y mi pensamiento llano,  
sin intenciones siniestras,  
pues no dejan de ser vuestras  
las glorias de vuestro hermano.

Rey. Aunque él justifica cuanto  
vos, señora, encareceis,  
gusto de que alabeis;  
pero que no sea tanto,  
que aunque me ilustra el blason  
de Rey, soy hombre, y amante.

Juana. Pero vos estais distante  
de toda comparacion:  
y los reales blasones  
os elevan á una esfera,  
que exenta se considera

de vulgares impresiones:  
y pues que ya vuestra Alteza  
en su consejo me ha dado  
lugar, y en el que es de estado  
está su mayor grandeza;

mirando bien, qué muger  
puede merecer al Conde,  
la misma razon responde,  
que yo sola puedo ser:

deme vuestra Alteza á mi  
á su hermano, que bien creo  
que tiene el mismo deseo,  
pues me lo pregunta así;

porque si no le tuviera  
de que él en mí se empleara,  
claro está que no me hablara,  
ni ese consejo pidiera:

honrar al Adelantado  
puede V. A. así;  
y darme tambien á mí  
lo que tanto he deseado;

y al fin puesta en mi nivel,  
y de vos desamparada,  
en Don Enrique empleada  
soy dichosa y tambien él.

Vase.

Rey. Ah! que nunca desengaños  
fuisteis buenos en amor,  
que el desengaño mejor  
causa mayores engaños!

si esta muger no quisiera  
á Enrique, y á ti te amara,  
¿posible es que se explicara  
de tan resuelta manera?

Ella su dicha asegura,  
y tambien la de mi hermano,  
si amor enlaza su mano,  
pues de qué lo conjetura?

cierta es su correspondencia!  
todos me engañais á mí!  
vete, Inés, vete de aquí,  
que me ofende tu presencia.

Inés. Creo que la última herida  
he dado ya á mi esperanza;  
pero cuando la venganza  
procedió mas advertida?

Vase.

Rey. Con qué justa razon á la esperanza  
dieron nombre de flor, pues que la  
imita  
en que tan brevemente se marchita,

que tiene entre las hojas la mudanza!  
Lucientes perlas al aurora alcanza,  
de matizado circulos escrita,

belleza que la noche solicita,  
para perder su ardor en su templanza.  
Sembraba yo, porque la tierra nueva  
me prometió de amor ricos favores:

ay necio engaño, de mis celos prueba!  
¿De qué sirve sembrar locos amores,  
si viene un desengaño, que se lleva  
árboles, ramas, hojas, fruto y flores?

Vase.

Campo: en el fondo una puerta de rejas  
abierta, que comunica á un jardin: salen  
Chichon y Don Enrique.

Enriq. Repite, Chichon, mi infamia:  
vuelve á matarme de nuevo:  
que á Pedro ama Doña Juana?

Chich. O por pasiva, Don Pedro  
de Doña Juana es amado.

Enriq. Mientes; no puede ser esto;  
mas si será, que conmigo  
las desventuras nacieron!



Cómo cabe tan estraña mudanza en tan poco tiempo? mas para hacer infelices, un siglo es cada momento. Por eso solicitaba mi ausencia: ó vil fingimiento! si así la verdad se oculta, quién puede correrla el velo? Muerto esloy! triste de mí! en dónde hallaré consuelo? Toda mi razon se ofusca en laberinto tan ciego: yo di crédito á una falsa; y ahora estoy padeciendo por mi culpa, por mi culpa...  
*Chich.* Y por tanto pido y ruego...  
*Enriq.* Qué dices?  
*Chich.* Nada; prosigo para ayudarte.  
*Enriq.* Confieso que estoy loco.  
*Chich.* Yo tambien; pero recobra el sosiego, y atiéndeme.  
*Enriq.* Cómo quieres que pueda atender un muerto?  
*Chich.* Tú estás muerto?  
*Enriq.* Si.  
*Chich.* Y con habla?  
*Enriq.* Habla por mi tormento.  
*Chich.* Ya, señor, sofisticamos? peligro corre el cerebro.  
*Enriq.* Ven acá, cuando da el alma el hombre, no queda muerto?  
*Chich.* Así lo dijo un Albeitar, lodan tomando el pulso á un jumento.  
*Enriq.* Un amante no da el alma á su dama?  
*Chich.* Esto es muy bueno que digan los boquirubios, pero no los boquinegros: porque cómo puede estar vivo un alma un hombre?  
*Enriq.* Eres necio: pero por qué yo disputo contigo, si ya me siento sin voluntad, sin memoria, sin tambien sin entendimiento,

sin sentidos, sin accion para nada? qué mas muerto he de estar? entiérrame.  
*Chich.* Ya se le derrite el seso: Ap. Señor, por amor de Dios que vuelvas en tí.  
*Enriq.* O ejemplo de ingratos!... la sepultura me niegas?  
*Chich.* Yo no la niego; mas reniego de la perra que de esa suerte te ha puesto.  
*Enriq.* Vive Dios, pues no obedeces.  
*Chich.* Tente, Señor, ya te entierro: quiero seguirle la tema: Ap. no te has de echar en el suelo?  
*Enriq.* Qué mas postrado me quieres en el horror del desprecio?  
*Chich.* El primer difunto en pie serás que vió el siglo nuestro. Ahora bien, ya entran en casa y tus amigos y tus deudos, todos cubiertos de luto.  
*Enriq.* Y por qué ha de honrar á un necio muerto, solo por su culpa, tanta multitud de cuerdos?  
*Chich.* mas sí, que la necesidad es honrada en estos tiempos; y muertos todos son unos los necios y los discretos.  
*Chich.* Los niños de la doctrina vienen en fila aquí dentro: ó cuánta sarna que traen.  
*Enriq.* De la doctrina son esos.  
*Chich.* No lo ves?  
*Enriq.* Por dar doctrina del amor mas verdadero, huérfano y desamparado como esos niños me veo.  
*Chich.* Las cofradías tambien por su orden van siguiendo esta es de la Soledad.  
*Enriq.* Anduviste muy discreto en traerla, pues que solo como ninguno padezco.  
*Chich.* Estotra es de los Dolores.  
*Enriq.* Terribles son los que siento: mas dime, no hay Cofradía



de la firmeza?

*Chich.* En el cielo,  
que por acá no se usa.

*Enriq.* Bien por mi mal lo estoy viendo.

*Chich.* Los pobres son de las hachas:

mas no cogen aquí dentro;  
ea, sálganse al zaguan:  
no lo entienden? acabemos,  
que es muy estrecha la sala,  
y no huele bien el cuerpo.  
Ahora entran los hermanos  
que cargan con el féretro:  
quieres que agarren de tí?

*Enriq.* Qué sé yo lo que me quiero,

ni qué hago, ni qué digo,  
ni si existo, ni si muero.  
Traidora imaginación,  
ingrata á tu mismo dueño,  
dónde me conduces? dónde,  
de mis propios pensamientos  
podré huir? aleve Juana!  
cómo me dejaste? ó cielos!

pero muger y mudanza  
tienen un principio mesmo.  
Qué se hicieron tus favores?  
mas fueron flores de almendro,  
y un cierto las ha secado!

loco estoy! matarme quiero!  
no, que primero es vengarme;  
pero dónde están los medios?

Contra el poder, qué venganza  
puede haber? delirio, sueño

es lo que pasa por mí;  
este tenebroso velo,

estas sombras que me ofuscan,  
esta rabia que alimento

en mi propia fantasía,  
el furor que reconcentro,

el dolor que me devora,  
este volcan, este incendio,

esta desesperacion  
solamente en el averno

se padece; en él estoy,  
del caliginoso reino

las sombras piso: allí mira  
á Tártalo, que al risueño

cristal los labios aplica,  
y huye el agua en el momento.

Sísito sube á la peña  
que vuelve á rodar de nuevo:

mas allá atado á una roca,  
está el triste Prometeo,

que da á Carnívoro buitre  
con sus entrañas sustento:

y se quejan, ah cobardes!  
que los que estais padeciendo,

de mis crueles dolores  
apenas son un bosquejo:

las furias á mi se acercan:  
qué quereis, monstruos horrendos?

cuánto tiempo ha que tomásteis  
la posesion de mi pecho?

Las ensortijadas sierpes  
que vibraís, débil veneno

derraman: mayor ponzoña  
es la que yo estoy bebiendo

sín cesar, y no da fin  
á dolores tan acerbos.

Reunid todas las penas,  
y los dolores intensos

de cuantos desesperados  
encierra ese obscuro seno,

y formad un dolor solo,  
que ese es el que yo padezco:

mirad si puede haber otro  
mas amargo y mas inmenso;

que al fin aquí no se ama,  
y yo amo y tengo celos.

*Entra en el jardin.*

*Chich.* El se ha ido y me ha dejado  
con el gasto del entierro:

mas si alguien quiere enterrarse,  
ya que soy sepulturero,

venga, que chico con grande  
enterraré á real y medio.

## ACTO TERCERO.

*Salon corto: salen el Rey y el Maestre.*

*Rey.* Que Castro el Adelantado  
se retiró á casa enfermo?

*Maest.* Sin duda leve accidente  
es el suyo, segun pienso.



**Rey.** Cualquiera indisposicion es muy temible en los viejos, que la edad yela la sangre, y debilita el esfuerzo: mucho sintiera el perderle, pues si la verdad confieso, á su valor y experiencia debgo felices sucesos.

**Mae t.** Yo fui á verle; y te aseguro que me arrepentí de hacerlo.

**Rey.** Por qué?

**Maest.** Porque supone cosas que te han de dar sentimiento.

**Rey.** Viste á Juana?

**Maest.** No, que estaba de su padre junto el lecho ocupada en asistirle: mas vi á Inés, y...

**Rey.** Nada temo; prosigue.

**Maest.** Me refirió que la encontraste leyendo una carta.

**Rey.** Así es verdad, y sobre ello el fundamento de toda mi dicha pongo.

**Maest.** Pues dalo ya por deshecho.

**Rey.** Como?

**Maest.** Como te engañó.

**Rey.** Tuvo tal atrevimiento?

**Maest.** Qué muger procede cuerda, con envidia, amor y celos?

**Rey.** Qué dices?

**Maest.** Que apasionada de Enrique, dando por cierto, segun los elogios que de tí Juana habia hecho, y otras varias espresiones, que tú serías su dueño, la pidió que si llegaba á ocupar el trono regio, se interesase en su amor; despertaron estos celos la inclinacion de su prima; y entrambas se indispusieron: llegó por casualidad á manos de Inés un pliego de Enrique para su prima;

ella leyó su contesto, y te dijo lo que sabes; pero siente haberlo hecho, y te pido consideres, que un celoso movimiento obscurece la razon en sus impetus primeros; y que te sirva de aviso para gobernarte.

**Rey.** Veo que es afortunado Enrique con las damas.

**Maest.** Confesemos que lo merece.

**Rey.** Es verdad; pero ese conocimiento ni hace menos bella á Juana, ni alivia lo que padezco.

**Maest.** Pues si tú á tu mal no buscas el mas seguro remedio?

**Rey.** Y cuál es?

**Maest.** Ella no sabe tan amantes sentimientos?

**Rey.** Quién lo duda?

**Maest.** Pues, Señor, si ya conoce tu afecto, aunque no te corresponda, su gratitud á lo menos tienes empeñada; pues, pensar que un hidalgo pecho, ya que no pague el cariño, se resista á agradecerlo, la eleccion desacredita, puesto que infama el objeto: ofrecela, pues, el trono, y de esta suerte añadiendo tan poderosa fineza, sobre su agradecimiento, en tu favor se decide, y logras tus pensamientos.

**Rey.** Conque á fuerza de intereses se han de conquistar afectos?

**Maest.** Nunca mucho costó poco.

**Rey.** Pero es demasiado un reino; además que en tu presencia, á sus pies corona y cetro la ofrecí.

**Maest.** Mas lo tendría



por galante ofrecimiento,  
no por caso decido:  
y hablaste en ese supuesto,  
pues tu misma indecision  
acredita ese concepto.

Rey. Y aunque mi talamo admita,  
di, me admitirá en su pecho,  
cuando se halla poseído  
de otra pasión?

Maest. Los diversos  
estados hacen mirar  
bajo distintos afectos  
las cosas: en Doña Juana  
hay mucho discernimiento,  
y pensará como Reina,  
si acaso llegare á serlo.

Rey. Y si no basta lo Reina  
para obligarla?

Maest. Sabremos  
entonces, que esa muger  
es el Fénix de estos tiempos.

Rey. Ven, pues, que luego que el sol  
iluminé otro emisferio,  
veré yo otro sol que siga,  
sus claros rayos bebiendo;  
y concertas, Maestre,  
que entregado á tus consejos  
de mis amantes finezas  
apuro todo el estremo.

O amor! cómo de tu fuerza  
no es resistible el imperio!  
pues en las humildes chozas,  
y en los palacios escelsos,  
igualando calidades,  
eres despótico dueño.  
Seme esta vez favorable,  
y dedicaré á tu templo  
hechas de oro las cadenas  
que arrastró para trofeo  
de tu fuerza irresistible;  
pero eres ciego, y advierto,  
que entre las luces tropieza  
el que se fia de un ciego. *Vase.*

Jardín, salen Elvira y Doña Juana.

Juana. Mira, Elvira, lo que dices.

Elv. Señora, no hay duda en ello:  
yo lo ví.

Juana. Que Chichon dió  
un papel á Inés?

Elv. Es cierto,  
por señas que esperaba  
al salir del aposento  
para hablarle, y no salió,  
aunque estuvo largo tiempo  
esperando; conque es claro,  
que tu prima con misterio  
por la puerta del jardín  
le sacaría.

Juana. Recelos,  
qué dices?... Elvira, vete.

Elv. Mandas algo?

Juana. Qn en acecho  
estés por si alguien viniere,  
ó mi padre, que durmiendo  
está, despierta y me llama;  
en todo caso á este puesto  
nadie permitas que llegue  
sin avisarme primero.

Elv. Alcahuetico es Chichon  
según lo que aquí estoy viendo.  
Siempre dije que tenía  
propia cara de tercero. *Vase.*

Juana. Quedamos buenos, finezas?  
decid, amor, quedais bueno?  
qué confusiones son estas?  
qué enigmas que no comprendo?  
Enrique papel á Inés  
sin darme noticia de ello?  
declararme ella su amor,  
y pensando que prefiero  
al Rey, pedirme favor  
para hacer su casamiento  
con el Conde? mas que acaso,  
esto parece concierto;  
porque Inés, á no tener  
alguna esperanza al menos  
de Enrique, no se arrojará  
á poner sus pensamientos  
en un hermano del Rey;  
pero pudo adelantar  
tanto Enrique el fingimiento,  
y quebrantar con intamia  
las leyes de caballero?  
sí, que en el amor no hay ley,  
y en su político reino,



como se logren los fines,  
no se repara en los medios.  
Si mi amor habrá hecho espaldas  
á otro amor?... mas ¿qué instrumento  
resuena? será tal vez.

Fabio, nuestro jardinero,  
que del trabajo descansa,  
y varias veces el viento  
suaviza con la armonía  
de sus agradables ecos.

Pasea Juana, como oyendo una voz que  
canta lo siguiente.

Voz. En el campo me metí  
á lidiar con mi deseo,  
conmigo mismo peleo,  
defiéndame Dios de mí.

Juana. En el campo me metí  
á lidiar con mi deseo,  
conmigo mismo peleo,  
defiéndame Dios de mí?

Parece que habla conmigo  
esta sentenciosa letra;  
pues adivina y penetra  
el mal que en mi pecho abrigo:  
porque el mayor enemigo  
que tengo, lo llevo en mí,  
que un tiempo libre me ví,  
é ignorante del rigor  
y tiranía de amor,  
en el campo me metí.

Ya que conozco el poder  
de esta pasión lisongera,  
huir su engaño quisiera,  
y no me puedo vencer;  
la razón podría ser  
que alcanzára este trofeo;  
pero muy débil la veo;  
y de ella no espero nada;  
al mirarme precisada  
á lidiar con mi deseo.

¿De qué sirve la razón,  
por mas que clame severa,  
si en el alma prepondera  
la fuerza de la pasión?  
dentro de mi corazón  
clara la victoria veo;  
todo se rinde al deseo,  
y el entendimiento duerme,

porque yo por no vencerme  
conmigo mismo peleo.  
Mi propio destino aguarda  
la que cuando amor la embiste,  
al principio no resiste,  
porque después ya es muy tarde:  
yo no lo hice, fui cobarde;  
ya lloro lo que perdí,  
y pues no me defendí  
cuando tenía denuesto,  
ahora que ya no puedo  
defiéndame Dios de mí.

Salen Enrique y Chichon.

Enriq. No me tengas.

Chich. Dónde vas?

Enriq. A perderme.

Chich. Estás en tí?

Enriq. Pues si yo estuviera en mí  
amara á una ingrata mas?

Juana. Qué es esto, quién es?

Enriq. Quién es?

la pregunta es estremada!  
qué, ya estás tan olvidada  
que me ves y no me ves?  
pues yo te diré quién soy.

Juana. Mi sufrimiento se apura.

Enriq. Soy un alma que procura  
el pecho en que ya no estoy,  
soy un hombre que solias  
decir, aleve, que amabas,  
cuando menos estimabas  
que el amor las Monarquías:  
soy quien tuvo tal ventura,  
que mereció de tus labios  
seguridades de agravios,  
si hay cosa en muger segura:  
soy el que perdió por tí,  
su Rey, su hermano, su dueño,  
la noche para tí sueño,  
y desvelo para mí;  
soy cometa que pasó  
por el cielo, si se debe  
tal nombre á hermosura breve,  
que donde nació murió:  
soy....

Juana. Un perjurio, un tirano,  
un cruel, un alevoso,



un cocodrilo engañoso,  
un mal nacido, un villano,  
una serpiente nociva,  
una esfinge, una sirena,  
una alma de infamia llena,  
donde la maldad se aviva,  
un traidor ya manifiesto,  
digno de odioso renombre  
en el mundo, y eres hombre,  
que todo he dicho con esto:  
vete, y no me veas mas;  
y si quejas apercibes,  
á mi prima, á quien escribes,  
de secreto las darás:  
que esta hazafia tuya es.

Enriq. Tú dices que á Doña Inés  
he escrito?

Juana. Pues no es así?

Enriq. No señora, sino á tí,  
Chichon la verdad dirá.

Chich. Quién crédito no te dá  
me ha de dar crédito á mí?  
pero yo traje el papel,  
y tu prima le tomó.

Enriq. Pues cuándo la quise yo  
para regalarme en él?  
Si quiso engañar infiel  
al Rey, no lo sé; mas creo  
que nació de tu deseo;  
concierto debió de ser,  
porque tú puedas hacer  
con el Rey mas alto empleo;  
el Rey merece agradarte;  
mejor empleada estás,  
y lo que aquí siento mas,  
es que quieras disculparte;  
pero amarle no era parte  
para venderme con él:  
tú, sí, que le has alabado,  
y aun escrito, eres infiel;  
mas pues mes has abandonado,  
yo huiré de ti, cruel:  
mas huir de qué me vale  
si tengo de volver luego,  
como por la cuerda el fuego  
vuelve á la parte que sale?  
Mejor es que el fin iguale  
al principio á que nació,

yo quiero morir aquí,  
sepa el Rey que aquí me tiene;  
mátame, por qué no viene  
si quiere vengarse en mí?

Juana. Enrique?

Chich. Pero, Señor,  
qué es esto?

Enriq. Pues no lo ves?

yo he querido á Doña Inés?

la tuve en mi vida amor?

pase un villano traidor

mi pecho, si tal pensé,

tal serví, ni tal hablé;

ni puede ser, en lugar

donde tú ya estás, entrar

otra hermosura, otra fé:

no lo digo por movente,

que no te pienso mover,

ni quererte, ni querer

que me obligues á quererte;

sino que no quiero verte

disculpada en mis agravios.

Juana. Conde?

Enriq. No muevas los labios,

que despues de agravio cierto,

nunca vuelven á concierto

los amantes ni los sabios;

estos tus papeles son,

con esa encarnada cinta,

quién dió veneno con tinta,

sino muger y traición?

romperá pues mi razon

cláusulas tan engañosas.

Juana. Nunca han sido artificiosas;

no las quieras destruir,

que aunque las vuelva á escribir,

no saldrán tan amorosas.

Enriq. Déjame.

Juana. Así Dios me guarde...

Enriq. Ya nada quiero saber.

Juana. Créeme...

Enriq. No puede ser.

Juana. Por qué causa?

Enriq. Porque es tarde,

y es razon que me acobarde

de mi Rey justo respeto.

Juana. Y si ser tuya prometo

cuando esté desengañada?



*Enriq.* Serás de mí tan amada  
como mereces, y aun más;  
peró bien sé que serás  
del Rey, que estás obligada.

*Juana.* A quien se hace de rogar  
y me desprecia, no es bien  
que mis deseos le den  
ocasion, sino lugar;  
voime á no ver olvidar,  
que he querido bien al Conde.

*Chich.* Dónde vas, Señora?

*Juana.* Dónde?  
voy, Chichon, á no querer  
al Conde.

*Chich.* No puede ser,  
que el Conde te corre ponde  
mira que ojazos aquellos,  
y qué mirarte á traicion;  
no le ves el corazon,  
y aun el hgado por ellos?

*Juana.* Tiñesme por los cabellos.

*Chich.* No tal, Señora, que tú eres  
quien te tienes, porque quieres  
tenerle.

*Juana.* Mal me conoces.

*Chich.* No te irás, así te goces.

*Juana.* Mal conoces las mugeres.

*Chich.* Pero si tú no lo eres,  
sino ángel por la hermosura.

*Juana.* Si Enrique nada procura,  
Chichon, por qué me detienes?

*Chich.* Vamos, Señor, qué previenes?  
no te dejas ablandar?  
quieres hacerla llorar?

*Enriq.* Pues no se quiere partir?

*Chich.* Si ella se quisiera ir,  
quién lo habia de estorbar?  
pues mira que la muger  
no ha de sufrir lo que el hombre.

*Enriq.* Como mi esposa se nombre,  
di que la quiero querer,

*Chich.* Claro está que lo ha de ser.

*Juana.* Conde, si estoy satisfecha  
de mi pasada sospecha,  
seré tu esposa.

*Enriq.* No sé  
que satisfaccion te dé,  
si mi verdad no aprovecha.

*Salv. Elvira.*

*Elv.* Señora?  
*Juana.* Qué traes, Elvira?  
qué hay?

*Elv.* El Infante Don Tello,  
de parte del Rey, hablarte  
solicita.

*Enriq.* No oyes esto?

*Chich.* Y no sería peor  
que viniere á hablarla él mismo?

*Juana.* A dónde está?

*Elv.* Con tu prima  
Doña Inés queda ya dentro  
de tu mismo cuarto.

*Enriq.* A Dios.

Vamos, Chichon.

*Juana.* Adónde?

*Enriq.* Lējos  
de donde padezco tanto.

*Juana.* Espérate; yo te ofrezco  
que acabarán muy en breve  
tus ansias y mis recelos.

*Enriq.* Qué dices?

*Juana.* Que pues la noche  
comienza del manto negro  
á desarrugar las sombras,  
á hablar al Rey me resuelvo,  
y pedirle que del todo  
abandone mis obsequios,  
pues de lo contrario, voy  
á encerrarme en un convento;  
y si esta resolucien  
la atribuyere á tu afecto,  
le diré que no se engaña,  
y que no cabe otro dueño  
en mi corazon, en donde  
tú eres el Rey verdadero:  
quieres mas?

*Enriq.* Besar tus plantas  
por lo mucho que te debo.

*Juana.* Mas haré: hablaré á mi padre,  
y si quieres le hablaremos  
juntos: sabrá nuestro amor,  
y tal vez por este medio  
podríamos conseguir  
el casarnos de secreto.

*Enriq.* Eso es lo mas acertado.

*Juana.* Pues no perdamos el tiempo.



Elvira?

Elv. Señora mía?

Juana. Cuando se vaya Don Tello hallarás á Don Enrique junto á la estatua de Venus, le llevarás á tu cuarto, que está junto al mio; pero cuidado que lo ejecutes con recato y con silencio.

Elv. Está bien.

Juana. Pues á Dios, Conde.

Enriq. A Dios, señora; yo quedo temblando.

Juana. Un hombre de tanto valor?

Enriq. Es de amor el miedo.

Juana. Vístelo de mi firmeza, pasará al contrario extremo.

*Vanse por distintos lados, y Elvira como deteniendo á Chichon, le dice:*

Elv. Qué tal da de sí el oficio?

Chich. Qué oficio?

Elv. Pues no hace tercio en la partida?

Chich. No hago ni tercio, quinto, ni sexto; que no heredé la coraza que llevaron sus abuelos.

Elv. Pues trae y lleva de valde?

Chich. Yo nada traigo, ni llevo, sino sobre ojos á ella, cuya lengua es, segun creo, mayor que el badajo de la campana de Toledo. *Vase.*

*Sala de Doña Juana: salen Doña Inés y el Maestre.*

Maest. Esto me dijo mi hermano que os suplicase.

Inés. Yo debo obedecer á mi Rey.

Y muy gananciosa quedo, si de mi loca imprudencia olvida el atrevimiento.

Maest. El sabe que se halla el Conde en Sevilla, y por supuesto da que vendrá á ver su dama, á favor del negro velo de la noche, y solicita

averiguar sus intentos por sí mismo.

Inés. Sentiría que si á Enrique hallase dentro, se arrojará...

Maest. No temáis, que es generoso Don Pedro, á pesar de los que infaman de su honor el claro espejo.

Inés. Pues yo le introduciré en mi cuarto; vendrá luego?

Maest. En cuanto yo me retire de esta casa, donde tengo que comunicar á Juana un importante secreto.

Inés. Ella viene, yo os aguardo.

Maest. Bien está: guardaos el cielo: *Vase, y sale Doña Juana.*

*estranhareis mi visita.*

Juana. Si la verdad os confieso, no esperaba tanto honor.

Maest. Muchos mayores el cielo os reserva.

Juana. Pue decís?

Maest. Que sois dichosa en extremo:

*Llégase á una puerta, donde comparece un hombre, que en una fuente dorada trae una magnífica corona.*

ola, Gonzalo? llegad. *Vase el hombre.*

Juana. Dudando estoy y temiendo.

Maest. Este regalo os envia

*Deja la fuente en una mesa.*

el Rey: corred ese velo, y entended, pues sois discreta, lo que encierra ese misterio; y no dejéis, Juana hermosa, por lo dudoso lo cierto. *Vase.*

Juana. Y no dejéis, Juana hermosa, por lo dudoso lo cierto?

Qué será? válgame Dios!

temblando estoy de saberlo; pero sea lo que fuere, enigma tanto apuremos:

*Descubre la corona, y queda un rato suspenso.*

válgame el cielo! qué miro? una corona Real! ya es mas terrible mi mal!



si estoy soñando ó deliro?  
 ya no extraño cuando admiro  
 del Rey el intento honroso,  
 que Don Tello misterioso  
 y grave me aconsejára  
 fuese cuerda, y no dejára  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Quién es bastante á impedir  
 que del Rey esposa sea  
 cuando él mismo lo desea?  
 Si lo llevo á resistir,  
 si no lo quiero admitir,  
 su altiya saña despierto,  
 á mi Enrique veré muerto,  
 que en amor no hay que esperar:  
 luego es locura dejar  
 por lo dudoso lo cierto.  
 Mas si el Rey, Enrique fuera,  
 yo sé que me coronára,  
 y que mi frente llegára  
 del solio á la sacra esfera;  
 fineza tan verdadera,  
 proceder tan generoso,  
 un sacrificio glorioso  
 está pidiendo en su abono:  
 luego hago bien si abandono  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Pero cuál será mi suerte?  
 en qué fundamento estriva,  
 con qué esperanza se aviva  
 de mi amor la pasión fuerte?  
 á perderme y á perderse  
 camino si bien lo advierto,  
 Conde mío: no habrá puerto  
 que nos pueda guarecer;  
 luego por qué he de perder  
 por lo dudoso lo cierto?  
 Desde el solio soberano,  
 bien mío, en tí reinaré  
 como hasta ahora reiné,  
 ganarás lo que yo gano.  
 Serás, menos que mi mano,  
 de todo dueño dichoso;  
 y algún día mas gozoso  
 te verás lisonjeado  
 de que yo no haya dejado  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Pero tal vez huirás

de tu amor desesperado,  
 y á otra pasión entregado  
 mis celos despertarás,  
 y mi pecho dejarás  
 como un árido desierto,  
 mi corazón frío y muerto  
 al placer, y lloraré  
 entonces que no dejé  
 por lo dudoso lo cierto.  
 Mucho deslumbras, corona,  
 mucho puedes, mucho alcanzas,  
 muchas son tus esperanzas,  
 mucho tu valor te abona,  
 muchas dichas eslabona  
 de tu círculo al compás;  
 mucho persuadiendo estás,  
 mucho es tu poder y encanto;  
 pero no blasones tanto,  
 que hay quien pueda mucho mas.  
 Cede, sí, cede de amor  
 al poder irresistible,  
 pues que todo lo visible  
 le da el tributo mayor:  
 no he de comprar tu esplendor  
 á costa de mi finura,  
 por mas que la edad futura  
 me arguya con destemplanza,  
 que preferí una esperanza  
 á una posesion segura.  
 Sí, Enrique, no un cetro solo  
 dejaré yo por amarte,  
 por servirte y regalarte,  
 sino cuanto alumbra Apolo:  
 hasta el contrapuesto polo,  
 arrestada á todo caso,  
 verás que sigo tu paso,  
 y los peligros no temo;  
 porque en tus ojos me quemo,  
 y en tus amores me abraço.  
 En mi ejemplo la muger,  
 que tan mal tratada es,  
 muestre que el desinterés  
 también llega á conocer,  
 que sabe ilustrar el ser  
 que la dió naturaleza;  
 y del hombre la fiereza,  
 que con indigna arrogancia  
 nos arguye de inconstancia,



aprenda de mi firmeza.

Llégase á una puerta.

Elvira?

Elv. Señora.

Juana. Y el Conde?

Elv. Aquí está.

Juana. Llegue al momento.

El Rey y el Maestre al bastidor, y también

Doña Inés; y sale Don Enrique.

Rey. Temblando estoy de mí mismo,  
al mirar lo que estoy viendo.

Juana. Conde y señor, ya es preciso,  
ó que huyamos, ó tomemos  
aquella resolución  
que te dicte tu talento,  
para huir de los enojos  
del Rey, contando primero  
que mi padre lo permita,  
que sí hará.

Enriq. Pues qué hay de nuevo,  
qué á esa precisión obligue?

Juana. Vuelve los ojos á verlo,  
y mira lo que me trajo  
de parte del Rey Don Tello.  
Esto es decir que me quiere  
para esposa, no hay remedio:  
dispon lo que te parezca:  
no te amedrenten los riesgos,  
que mi corazón amante  
á todo hallarás dispuesto.

Rey. Rara fineza de amor!  
yo no sé cómo contengo  
los poderosos impulsos  
de la envidia y de los celos.

Juana. Qué tienes, Señor? suspiras!  
de qué has quedado suspenso?

Enriq. De ver hasta dónde puede  
llegar del hado lo adverso!

Oye, Señora: aunque el Rey  
solicitaba tu afecto,  
jamás creí, aunque te sobran  
para mas merecimientos,  
que estendiese la fineza  
á partir tálamo y cetro  
contigo: yo fuera injusto  
si á tan alto casamiento  
me opusiera: el Rey te quiere  
para esposa, y este empeño

me quita la preferencia  
por tan plausible y honesto:  
pero acaso no bastara  
á vencer mis sentimientos,  
si otras consideraciones  
no ayudasen á vencerlos:  
en tantas doradas puntas  
como el luminoso cerco  
guarnecen de esa corona,  
estoy mirando los reinos  
que de Castilla componen  
el alto solio supremo:  
hácia el cielo levantados,  
parece piden al cielo  
una noble Soberana  
que dichosos pueda hacerlos:  
ninguna mejor que tú,  
ninguna en el universo  
á tan justos votos pueda  
dar debido complemento:  
no sin causa poderosa,  
los misteriosos decretos  
del destino, tantas prendas  
en tí sola reunieron:  
luzcan en el alto solio:  
sean precioso ornamento  
de la corona, que yo  
sería un vil, un perverso,  
si á tantos desventurados,  
como en tí hallarán consuelo,  
los privase de un alivio  
tan dulce y tan lisongero:  
y pues el hacer felices  
sin duda es el bien supremo  
que se disfruta en la tierra,  
por hombre, por caballero,  
y lo que es mas, por amante,  
Juana divina, no debo  
retraerme de que logre  
ventura tanta tu pecho.  
¿Habia de permitir  
que los siglos venideros  
dijesen de mí que pude  
elear al trono regio  
mi dama, y que no lo hice  
por interesado afecto?  
no señora, no señora,  
venzamos nuestros deseos:



ocupa el solio; haz dichoso  
al Rey, y á todos tus reinos;  
que sofocando mi amor,  
yo seré, Juana, el primero  
que jurándote por Reina,  
de buen vasallo dé ejemplo.

*Juana.* Calla, alevé, fementido,  
ingrato, mal caballero,  
que hay delitos que el decirlos  
es mas culpa que el hacerlos:  
si porque temes al Rey...

*Salen todos.*

*Rey.* Quién teme sin ofenderlo?

*Juana.* Vos... señor... aquí...

*Enriq.* Qué susto!

*Chich.* De esta hecha volaverunt  
mi amo y yo; si paramos,  
no será de aquí á Marruecos.

*Maest.* Severo está el Rey. *Ap.*

*Rey.* Amor,

mira que se ultraja el cetro

con tu victoria: ya hazaña

has de ser, si fuiste afecto.

Enrique, pues cómo ignoras,  
siendo un hombre tan discreto,

que á veces el ser dichoso

es delito, y no de aquellos

que fácilmente perdona

el poder? tu atrevimiento

en haberme competido

mi venganza está pidiendo.

*Enriq.* Si me oíste, bien sabrás

que á mi obligacion atento,

yo me vencia, mi dama

á tu respeto cediendo...

*Rey.* En eso me competiste,

no en amarla, pues para eso

hallaste la misma causa

que yo en su merecimiento.

En dominarte á tí mismo

me competiste; supuesto

que la mayor accion debe

nacer del mas noble pecho.

Los Reyes, son Reyes siempre;

y los mas altos empeños

al mayor poder encargan

los celestiales decretos:

vencerse es lo mas difícil,

y mucho mayor trofeo

es vencerme yo que tú;

pues si bien lo considero,

es mas difícil el lauro

al mayor poder opuesto.

Este tu delito ha sido,

el que castigar pretendo

con nobleza, y no con saña:

dad la mano á Enrique luego.

*Juana.* Soy obediente.

*Chich.* Buena es

obediencia con torrezno.

*Enriq.* Señor, deja que á tus plantas

muestre mi agradecimiento.

*Rey.* Levanta, Enrique, á mis brazos:

vos, Inés...

*Inés.* Yo solo ruego

á mi prima, que perdone

mi imprudencia.

*Juana.* No me acuerdo

sino de que soy dichosa.

*Rey.* En memoria del suceso *A Juana.*

pintareis en vuestras armas

una corona; advirtiéndome

que esté pintada al revés,

pues de ella hiciste desprecio.

*Juana.* No fue de su dueño ofensa.

*Rey.* Ni yo tal, Señora, creo:

pero á dar esta noticia

al Adelantado entremos,

porque sepa que dejasteis

por lo Dudoso lo Cierto.

F I N.

*Se hallará en la librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente á los Gremios, con un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Sainetes y Unipersonales.*